

La calle para el jueves cinco de mayo de 2011
Diario de un espectador
Sicilia en marcha
Miguel ángel granados chapa

Hoy comienza en Cuernavaca la Marcha nacional por la paz con justicia y dignidad. Llegará a la ciudad de México el sábado por la noche y a la mañana siguiente cubrirá su última etapa de la Ciudad Universitaria a la Plaza de la Constitución. Manifestaciones semejantes se realizarán en muchos otros lugares del país este ocho de mayo.

Constituyen la expresión visible de la movilización concitada en torno de Javier Sicilia, padre de un muchacho de 24 años asesinado junto con tres amigos suyos, y de tres personas más, en un episodio de la irracional y tremenda violencia que padece nuestro país, especialmente desde 2007. Sicilia es un poeta y narrador, ensayista y editor que desde hace años resume el pensamiento católico en torno de las circunstancias críticas de nuestra hora. Él, que ha mostrado su solidaridad a mexicanos que padecen postergación e injusticia, la recibe con creces en este momento amargo.

La marcha hacia el Zócalo no es una caravana fúnebre, sino al contrario un canto a la esperanza y la confianza de que nuestro país puede salir del abismo en que está precipitándose. Es una procesión, en tal sentido, semejante a la que se formó tras Jesucristo camino al Calvario. Al menos así nos lo ha parecido la relectura del modo singular en que Sicilia rescribió el Evangelio. En su relato el protagonista es un muchacho condenado a muerte, como lo fue su hijo. Es un pasaje de la novela *El reflejo de lo oscuro*, que parte de las vicisitudes reales de una persona, Jacques Fesh, que encontró la Gracia —esa aspiración, ese valor supremo de los creyentes católicos— mientras estaba en prisión, condenado por asalto y homicidio.

“Envueltos por el sopor del mediodía, cuatro hombres con túnicas cortas y sin mangas se acercaban a una cruz al lado de la cual un muchacho bañado en sangre, tembloroso, aguardaba. Llevaban clavos, martillos y cuerdas. Muy cerca, a ambos lados del muchacho, dos hombres, junto a sus respectivas cruces, desafiaban a la muchedumbre.

El muchacho levantaba de vez en cuando la cabeza y a través de sus cabellos enmarañados por el sudor, la sangre y el polvo, buscaba ansioso entre la plebe a sus amigos. No había ninguno. De pronto, tras el cordón formado por los centuriones, descubrió a su madre y al amigo que más amaba. Ella gemía, sostenida por el tenue cuerpo de aquel joven que lo había acompañado durante tres años y que era el único entre los doce que se había atrevido a ir con él hasta el final.

Un inmenso dolor, que se agregó a su destrozado cuerpo, le impidió ver a uno de los centuriones que se había acercado y le ofrecía una jarra con vino y mirra.

--¿Vas a tomarla?—gritó el centurión.

El muchacho lo miró un momento y movió lentamente la cabeza para decir que no.

--¡Allá tú!—respondió el centurión y se dirigió hacia los otros dos hombres, que bebieron profusamente.

El muchacho volvió a levantar la cabeza y fijó una mirada de despedida en el rostro de su madre, de su amigo, en la multitud que lo rodeaba, en los árboles, y allá, a lo lejos, en los olivos cuyas hojas brillaban en la vibrante claridad de la tarde.

Tenía miedo, miedo de respirar, miedo de moverse, miedo de parpadear. El centurión gritó que se desvistiera. La madre estalló en un sollozo. Los otros dos hombres, sin pudor alguno, comenzaron a despojarse de sus ropas, provocando al grupo de sacerdotes, que se distinguía en medio de la multitud”..